

OTRA VIDA

Aquella noche de invierno se habían desatado los demonios. El aire soplaba como un orco enrabiado. Las gotas de lluvia fría, casi helada, más parecían agujas, se golpeaban furiosas contra los cristales de la humilde cabaña. El fuego crujía en el hogar y calentaba la sartén donde se cocinaban unas sopas de patatas. El pequeño candil de aceite que iluminaba aquella estancia dejaba ver la figura que miraba por el ventanuco. Era una noche de infierno sí, pero ella sabía que no sería una más. Algo iba a suceder, ¡tenía que pasar sí o sí! Y debía ser esa noche, tanto lo había soñado que ya lo había vivido muchas noches. Tantas como tres mil cincuenta y una noches. La niña del pelo castaño, de la coleta con el lazo, desvió la mirada del ventanuco y miró con dulzura a la mujer sentada junto a la hoguera.

La mañana del 12 de marzo ya calentaba bien el sol. No había llegado la primavera pero parecía que el invierno ya viejo, gastado, nos había dejado con antelación. La niña salió de la casa del pueblo con un suspiro de alivio y se dirigía hacia la escuela. En sus ojos aún quedaba alguna lágrima que se apresuró a secar con la manga de la camisa. “¡Qué nadie lo sepa!” La había repetido mil y una veces su madre. “Tú, hija, de puertas para fuera, con orgullo. A estudiar y a vivir otra vida. No mi vida hija, esta desgraciada vida”.

Esa mañana había vuelto a ocurrir. Las voces, los gritos de su padre, con cualquier excusa. Hoy porque no había pan para llevarse el almuerzo. “Vago, ¡si trabajaras más y lo poco que ganas no te lo gastases en la taberna, tendrías pan!”. Más gritos, el silencio de la madre que le enrabieta más y al final lo de siempre, la bofetada cobarde y el empujón. Su madre en el suelo con su mirada angustiada hacia ella, suplicándola que siguiera en silencio y que retuviese esas lágrimas tristes que asomaban valerosas por sus ojos infantiles. Por fin, tras esos segundos que parecieron siglos, su padre se marchó dando un portazo. Su madre se levantó despacio. Se recompuso la falda y el moño, la sonrió y se acercó a la alacena. Debajo de un cazo de porcelana sacó un mendrugo de pan. Con mirada feliz lo envolvió con un pedazo de queso añejo en una tela y lo metió en su cartera del colegio. Ese mendrugo de pan y la cartilla de la escuela eran toda la esperanza de su madre en el futuro. En otra vida mejor, porque tenía que haber

otras vidas y alguna debía ser mejor.

Ella sólo tenía doce años. Ni muy alta, ni muy baja para su edad. Su pelo recogido en una coleta, su nariz respingona y la luz de sus ojos la hacía parecer mayor. A ello también contribuía que vestía ropas de su madre pero arregladas con tal esmero que parecía que todas las semanas estrenaba vestido. Las continuas agresiones de su padre a su madre la habían respetado a ella. Por lo menos hasta ahora. Su madre encendía todos los días una vela en la iglesia a la Virgen de Guadalupe para que así fuera. Y parece que la Virgen había tenido algo de misericordia porque así había sido. Hasta ahora. Y es que su madre no quería perderla como a su hermano.

Tenía un hermano mayor del que hacía dos años que por entonces no sabía nada. Recordaba muchas veces el día que llegó y se fue. Llegaba de la mili, después de dieciocho meses en el Sáhara. Las sorprendió a las dos friendo unos huevos para la comida. Su madre sentada en un corchón a la lumbre, se irguió de golpe por la emoción y vertió el aceite de la sartén. La llamarada llegó hasta el techo de teja vana. Pero, salvo el susto, no pasó nada. Se abrazó a su hijo durante largos minutos, llorando y sin terciar palabra. La niña se acercó temblorosa también y se abrazó a los dos. Luego les contó que anduvo horas rondando la casa hasta que su padre se fue. No quería verle. También les contó que se marchaba. Había hecho migas con un compañero de la mili y habían decidido probar fortuna en la capital. No quería más pueblo, si las quería a ellas, pero no quería más padre. Su madre le puso un plato más a la mesa y le sirvió un par de huevos fritos. Era para que recuerde, le dijo, que ese plato siempre estaría allí para él. Para que no las olvidara y para cuando quisiera... regresar.

Muchas veces le había contado su hermano que antes no era así. Que cuando él era pequeño eran felices. Su padre trabajaba en el campo y con el jornal vivían, pobres sí, pero vivían. Todo cambio con la compra de unas tierras al tío Germán. Su padre soñó que trabajando los dos aquel terreno, de sol a sol eso sí, podría salir de pobres. No eran malas tierras, y tenían un buen manantial. Tierra, agua y sudor. Sólo eso y todo cambiaría. Y cambió, pero a peor. Su padre se gastó los cuatro duros que tenían como ahorrillos. Los años vinieron secos y el manantial se secó. Al final, no quedó más que un erial donde no crecían ni las jaras. Lo peor de todo fue que su madre se lo predijo. "Mira que si las cosas vienen mal dadas nos vamos de cabeza al pozo". No la hizo caso y

cuando todo pasó la tomó con ella. “La conciencia del orgulloso es un caballo desbocado que se vuelve contra los débiles”. Nunca se le olvidará esa frase que dijo el obispo el día de la confirmación de su hermano. Y a partir de ahí comenzaron las borracheras, los gritos, los golpes... el infierno.

Pero su hermano llegó aquella vez, se fue aquel día y regreso más tarde. Le había bien en la capital, tenía un buen trabajo en una fábrica y se había comprado un piso. Se fue un muchacho que acababa de hacer la mili y llegó un hombre. Pero no había regresado porque sí, había vuelto por ellas. Era casi feliz en su nueva vida pero vivía atormentado por el sufrimiento de su madre. Temía por ella y por su hermana. Cuando terminó de contarles su vida miró a su madre. Sonrió lentamente y asintió con la cabeza. Se levantó de la silla y se dirigió al dormitorio. Abrió el baúl donde guardaba la ropa y empezó a hacer un hatillo con lo más imprescindible. Entre las dos poco menos que un pequeño fardo. “Pero hijo, no podemos irnos así, sin decirle nada”. Se sentó de nuevo a la mesa y los tres se quedaron en silencio aguardándole.

No tardo mucho en llegar. Le oyeron manipular el cerrojo de la puerta con torpeza. “Viene borracho madre”. La madre bajó la mirada y las manos la empezaron a temblar. Entró y los vio, su mirada fue de la madre al hijo y del hijo a la madre y luego al hatillo de ropa. Su voz ronca brotó como un tiro. “¿Qué hace este aquí?”. La madre se levantó de la mesa y con voz dulce y temblorosa le contestó: “Nos vamos con él. Un tiempo. Hasta que las cosas mejoren.”. La mirada se le inyectó en sangre, la mandíbula le temblaba y los dientes le rechinaron con tanta fuerza que parecía que masticaba piedras. “Sobre mi cadáver”, una guantada traicionera a la madre y un empujón cobarde. El hermano se levantó presto y asiendo las tenazas de la lumbre le pegó un golpe en la nuca al padre. Cayó al suelo despacio, lentamente, creando una situación irreal en la estancia. La madre se incorporó del suelo y se le acerca despacio. Le levanta la cabeza llenándose las manos de la sangre que le corre por el cuello. Mira a sus hijos llorando, sin lágrimas, y cierra los ojos al que hasta hoy era su marido. “Tranquila madre, voy al cuartelillo”.

De aquello habían pasado más de diez años. Y en esta noche de infierno la niña seguía mirando por el ventanuco de la cabaña. Habían tenido que vender la casa y los pocos enseres para subsistir después de aquello. La guardia civil, el juicio, la cárcel....todo pasó

como un mal sueño. Pero ahora su hermano estaba libre. Había pagado su culpa, decían por el pueblo. “¿Qué culpa?” se preguntaba ella. Llegó una carta anunciándolas su libertad. “Estoy bien. No os preocupéis. Iré por vosotras”. De pronto, en aquella noche infernal, fue apareciendo una luz. Entre el viento mezquino y las gotas de lluvia traicioneras se empezó a divisar una figura de hombre. Una figura conocida, una figura querida, una figura añorada. Se giró de nuevo sonriente y feliz hacía su madre que terminaba de hacer la cena. “¡Mamá!”.

Primavera Azul